

## **La tercera avenida**

*Por Bruna Guedes*

Nadie se detenía a mirar por las ventanas, al menos no en el lado este del edificio comercial en el centro de Seattle, donde solo se veían más edificios. Sin embargo, aquel miércoles del verano de 2024, un compañero de trabajo se levantaba una y otra vez de su mesa para asomarse por la ventana, interrumpiendo constantemente sus tareas. ¿Será que ese día no tenía mucho trabajo pendiente?

A su lado, no pude evitar notar la creciente inquietud del hombre. Cansado de observar solo la vista hacia la tercera avenida, llamó a otras personas para que se unieran y miraran el inusual movimiento. Finalmente, el silencio de aquella oficina tomó el lugar de un susurro. En el chat grupal, trató de advertir a otros empleados sobre el hecho que el FBI ocupaba la calle. El murmullo creció de un momento a otro, pero pronto volvió a ceder al silencio. La posibilidad de un tiroteo masivo parecía no inquietar lo suficiente a la gente en Estados Unidos.

Mientras la tensión se acumulaba afuera del edificio, me perdía en la rutina del trabajo. El clic constante del teclado y la luz azul de mi computador me ofrecían una especie de confort, como si el mundo exterior no existiera. Aunque la situación pudiera ser alarmante, el plazo ajustado de mis responsabilidades absorbía toda mi atención.

En medio de la tensión y la incertidumbre, la apatía colectiva parecía ser la respuesta predominante. La mayoría ni siquiera apartó la vista de sus pantallas, demasiado concentrados en sus tareas como para especular. Me pregunto si esa desconexión era un mecanismo de defensa ante la realidad que nos rodeaba. En un mundo donde la violencia se ha convertido en una triste normalidad, ¿acaso nos hemos vuelto inmunes al miedo?

Otro compañero de trabajo, no obstante, investigó sobre alguna noticia que esclareciera el caso. “¡Suelta el arma! Manos arriba”, repetía la policía durante la intervención con una mujer que portaba un arma, según el periódico. Mientras la oficina seguía con empleados ocupados con la tarea de ser productivos, la policía negociaba la rendición de la mujer en el primer piso.

Aunque el edificio declaró un cierre de emergencia, la preocupación de todos no parecía centrarse en la seguridad, sino en si podrían salir a las cinco al finalizar la jornada laboral. Según las noticias, la mujer no había tomado rehenes, excepto a ella misma, ya que apuntaba el arma hacia su propio pecho. Sin pasar a mayores incidentes, los oficiales lograron arrestarla y posteriormente despejaron la calle, permitiendo así que los empleados finalmente pudieran abandonar la oficina de la tercera avenida. Aquel evento se convertiría rápidamente en una historia más en un mundo saturado de noticias trágicas. Y así, la vida seguiría su curso, indiferente a la fragilidad de nuestra existencia.